

—¡Bendita seas! Eres una santa.

En aquel momento llamaron á la puerta de la celda, y una lega le anunció que su tia doña Francisca de Córdoba la esperaba en el locutorio.

La sorpresa fué general.

V.

Doña Ana pasaba ya de los trece años, y empezaba á desarrollarse de una manera prodigiosa; esto tal vez, que habia llegado á noticias de sus padres, era la causa de su silencio, porque no veian en el convento porvenir para su hija.

Esta se resentia de aquel desvío, y no sabia qué pensar de la conducta de sus padres, que la habian contrariado sobremanera.

¿Qué sucedia á aquellos en Orán? ¿Por qué tanto desden hácia sus peticiones?

Mas no fué ésta la sola contrariedad que le surgió por entónces la que más amargó sus dias, sino que poco despues tuvo que sufrir otra, que la llenó de dolor y la sumió en la más profunda melancolía.

Cuando la dijeron que su tia la esperaba en el locutorio, corrió á él creyendo encontrar el enigma que no sabia descifrar.

El enigma se complicó, y ella se quedó aborta.

Despues de abrazar y besar á su tia, le preguntó:

—¿Qué quereis, tia?

—Vengo por tí.

—Imposible: esta es mi tumba, y de ella no salgo sin que Dios me lo mande, que es el único que abre los sepulcros.

—Lo mandan tus padres: ¿te niegas á la obediencia? ¿Lo manda eso Dios en las reglas de este convento?

La niña vaciló, y con los ojos arrasados en lágrimas, la preguntó:

—¿Y á dónde vamos?

—Al convento de Madre de Dios, de Baena.

Esto la reanimó un poco, pero dudando en su interior, añadió:

—Iré, si se va conmigo Francisca Cortés.

—Se pedirá licencia al Prelado, porque es profesa.

—Pedidla, y saldré del convento llevándome á ella y á mi doncella Ana de Castro.

—Esa se irá desde luego.

—Avisadme, tia, cuándo podemos salir las tres, porque sin Francisca no me voy.

—Ni yo me quedo sin tí, dijo ésta que la escuchaba.

—Sí, tía; me ha dicho: vivirá á tu lado y morirá cuando tú mueras.

—Ahora mismo saldrá un propio para Córdoba por la licencia, que el Obispo D. Pedro de Portocarrero es muy amigo mio.

—Cuando venga saldremos las tres, si es para el convento de Baena y si profeso en él.

—Eso corre de cuenta de tus padres.

—¿Cuánto tardará el propio?

—Cuatro días.

—Disponed de mí para entónces.

VI

Doña Francisca, á fin de tenerla más cerca, una vez que se había quedado sola, ó más bien por consejos de sus padres, con objeto de irle poco á poco desilusionando, la sacó del convento de San Martín de Cabra, que ella regó con lágrimas ántes de salir, y la llevó al de Madre de Dios, de Baena, que había sido fundado por su familia cien años ántes, cuando el tercer conde de Cabra resolvió establecerlo para que sirviera de asilo á sus cinco hijas y de enterramiento también á su familia.

En medio de su pena y desventura, tuvo un consuelo doña Ana, y es, que le acompañasen á Baena su doncella y su monja querida, Francis-

ca Cortés, que entraron en aquel convento para servirle de apoyo y de sosten en medio de sus amarguras.

Ellas la besaban y consolaban como dos hermanas consagradas á quererse con lo más íntimo del corazón.

Ella también buscaba desahogo en sus cuitas por medio de sus oraciones y escribiendo versos religiosos, como hemos dicho, porque hay que advertir, que así como su inteligencia precoz le permitía profundizarse los arcanos de la religión, su fecunda imaginación tendía el vuelo por los campos de la poesía, pero siempre consagrandolo á Dios sus inspiraciones y cantando su magnificencia y sus bondades.

Pero no eran estas solas las angustias que la esperaban; otra más grande y más dolorosa le restaba que sufrir, que no sabemos hasta qué punto pudo resistir, pero que desde luego provocó la última crisis de su vida, tan funesta como perentoria, tan triste como inmerecida.

La jóven se había desarrollado de una manera admirable; acababa de cumplir quince años y su belleza rayaba en lo ideal: era alta, esbelta como la palmera, blanca como el copo de la nieve, las mejillas sonrosadas como el capullo á medio abrir, sus ojos azules como el cielo, su boca como las amapolas y sus dientes como el

arriño, sus trenzas como el sol caían sobre su espalda como una lluvia de oro, su gracia encantaba y su talento seducía.

Todo el que veía aquella prodigiosa hermosura, cercada de un porvenir risueño, envidiaba la suerte del convento, poseedor de aquel inapreciable tesoro.

Algunos hubo que dijeron, que era una esposa digna de Dios, que había sabido escoger Madre y esposa.

Ello es, que doña Ana se consumía, que todos los días escribía á sus padres, les demostraba sus deseos irrevocables, y les hacía presente, que su resolución no podían ya contristarla consejos ni advertencias, y que si no le contestaban, como era su deber, adoptaría las medidas que tenía ya consultadas con su confesor fray Juan Bautista.

La contestación de sus padres fué más pronta que ella se había creído.

Tal vez no la creyó tan amarga para ella, pero la verdad es, que al día siguiente supo todo lo triste, lo angustioso, lo terrible de su situación.

Un rayo no la hubiese herido de muerte tanto como la noticia.

VII

La marquesa había llegado á Baena, procedente de Orán, con órdenes expresas del marqués.

Aquella misma noche fué al convento.

La escena entre la madre y la hija fué conmovedora: renunciarnos á describirla.

La madre, mientras la besaba, no pudo ménos de exclamar:

—¡Nunca la imaginé tan hermosa!

—Madre, dijo la hija lo primero, ¿vienes á mi profesión?

—¡Pobre niña, se dijo la madre, cuántas ilusiones vas á perder!

—¿Lo traes todo arreglado?

—Sí, ya viene arreglado todo.

—¿Y mi padre, viene?

—Vendrá á su tiempo.

—Entonces, ¿vienes sola?

—Viene conmigo una persona que te quiere mucho.

—¿Que me quiere?

—Sí: es tu futuro esposo.

—¡Madre, madre mía!

—Tu padre me envía á eso, y él vendrá cuando se concierte el día de tu boda.

- Ya estoy casada.
- ¡Ilusiones!
- Jesucristo es mi esposo y no puedo romper el lazo.
- Se romperá, porque serás obediente, puesto que Jesucristo condena la desobediencia.
- Obedeceré como los mártires, resignándome á morir....
- No, no; tú vivirás para tus padres.
- Mis padres me condenan á muerte.
- ¿Vas á matarme tú? Ya está tratado entre las dos familias.
- Será inútil todo.
- El hijo del duque de Arcos, hoy marqués de Zahara, jóven de relevantes prendas y de una figura interesante, es el esposo que te destinamos. Tiene veinticinco años, y es un rayo en la guerra. Sus conquistas le han dado un nombre famoso ya en las historias.
- Madre, es tarde; yo no puedo volverme atrás, ni tengo corazon más que para Dios.
- Tampoco podemos nosotros ceder.
- ¿Conque no hay esperanza? ¿Conque es imposible que me consagre á Dios, que siga mis inclinaciones, que vierta en el altar las lágrimas que dedico á Dios y las oraciones de mi alma?
- ¡Imposible todo ya! Tu casamiento es necesario, imprescindible.

La niña recibió la noticia como se recibe una losa de plomo en el corazon: cayó desmayada en los brazos de su madre y no pudo hablar: una mirada expresiva que alzó al cielo, dijo más que su boca.

Cuando volvió en sí, su madre se retiró absorta ante aquella inquebrantable resolucion y tembló ante las consecuencias de su determinacion. Doña Ana se fué en brazos de Francisca, que iba aterrada: sus lágrimas corrieron en silencio en el fondo de su celda, y una convulsion nerviosa se apoderó de su cuerpo. Acostumbrada á la obediencia, se resignó, pero hizo el último esfuerzo.

Llamó á su confesor, con el cual tuvo una larga entrevista, y aunque el venerable anciano lloraba al oirla, tuvo valor para aconsejarla, como veremos más adelante.

Cuando se despidió aquél, entró Francisca Cortés y las dos se arrodillaron ante el Crucifijo de la celda, y oraron con la mayor devocion.

VIII.

Al día siguiente se encontraba doña Ana más repuesta, pero sus grandes ojos azules se habian hundido, y la palidez de su rostro habia borrado sus tintas de rosas.

Después de salir del coro, estaba leyendo el libro de *Meditaciones de Santa Teresa*, teniendo la cabeza recostada en la falda de Francisca Cortés.

—Oye, le dijo, qué buena era esta mujer: debió ser una santa.

—Ya ves que apenas hace catorce años que murió, y ya hay quien le reza como si estuviera beatificada.

—¿Quién pudiera ser como ella!

—Ya ves que estás lejos de eso, si piensas en casarte.

—¡Oh, no, imposible! ¡Delirio! Seré de Dios, te lo juro.

—¿Y desobedecerás a tus padres?

—¿Entre mis padres y Dios, elijo a Dios!

—Envidia esa resolución.

—La envidia es pecado: ¿sabes lo que dice San Pedro Celestino? «que la envidia, es el dolor del bien ajeno.»

—Tú te casarás, y yo me moriré.

—Nos moriremos las dos.

—Tú eres muy rica, y eso te llevará al altar.

Doña Ana pensó un momento, y dijo luego:

—¡Recuerdas lo que dice San Mateo? «Si quieres ser perfecta, ve y vende tu hacienda y repártela a los pobres;» pues bien, yo lo haré

«y ganaré el cielo, mientras pierdo los favores en la tierra.

—¡Qué buena eres, hermana mía!

—El mismo San Isidoro nos dice: «No puede nunca tener paz quien pone su esperanza en el hombre.»

—¿Cómo sabes tanto, hija mía?

—Por eso no quiero nada del mundo; aquí ni hay paz, ni tranquilidad, ni gloria.

—¡Pobre Ana, qué de dolores te esperan!

Y la besó en la frente con el mayor cariño.

—Aquí lo dice Santa Teresa, oye: «¡Oh, amor poderoso de Dios, cuán diferentes son tus afectos del amor del mundo! Por eso, no quiero más amor que el celestial.

—Ese es el verdadero amor, Ana.

—¿Quién puede separarme de mi esposo? Mira cómo lo expresa Teresa eso: «¿Quién será el que se meta a despartir y matar dos fuegos encendidos? Será trabajo en valde, porque ya se ha tornado en uno.» Si el fuego de su alma se ha confundido con el divino, éste lo absorbe por completo.

—Quisiera tener tu talento y la ilustración sagrada que posees: ¿cómo sabes tocar los corazones!

—Así y todo, ya ves mi desgracia, y eso que sigo el ejemplo de la Santa, cuando dice: «Yo

no quiero que tengas conversacion con hombres, sino con ángeles.»

—Dices bien; los ángeles deben vivir con los ángeles: tú eres un ángel, busca á los tuyos.

—Y me separo de tí.

—Eso nunca; somos dos almas gemelas que no pueden vivir la una sin la otra.

—¡Cuánto me alivias tú y este libro: mira qué hermoso es esto, y cómo viene á despejar mi triste situacion! ¡Benditas seas, Teresal! Por tí y contigo, puedo exclamar: «No me desampares, Señor, porque en tí espero no sea confundida mi esperanza; sírvate yo siempre, y haz de mí lo que quieras» (1).

Las dos niñas se besaron, y mezclaron sus lágrimas.

IX.

Cuando doña Ana llegó al locutorio, se encontró á su madre acompañada de un jóven como de unos veinticinco años, alta estatura, ojos grandes y negros, tez morena, boca pequeña, nariz afilada, y dientes como lluvia de

(1) Todas estas frases están tomadas de las *Meditaciones de Santa Teresa*.

marfil. Sus maneras eran tan elegantes como distinguidas.

—Aquí tienes al marqués de Zahara, la dijo su madre.

Doña Ana hizo un pequeño saludo con la cabeza, bajó los ojos y calló.

—Viene conmigo porque quiere hablarte.

—¡Es un ángel! dijo para sí el marqués.

—Madre, ya os he dicho que es tarde.

—¡Señora, tarde cuando teneis quince años! ¡Tarde, cuando acaso vuestro corazon no ha palpitado; cuando sois una flor que no ha empezado á esparcir su aroma!

—Es tarde, porque para llegar á mí, siempre es tarde.

—Yo no vengo á destruir vuestras creencias, á turbar vuestras inclinaciones, á desarraigat el sentimiento de vuestra alma; vengo á ofrecer os un asilo en mi corazon, y un templo en mi casa.

—¿Veis ese Crucifijo que pende de la pared? pues ese me ha dado ya todo eso; me ha dado un asilo, un templo y un corazon; y me dará un paraíso que vos no comprendéis todavía.

—Ese paraíso lo ganareis tambien en mi casa, despues que yo os dé uno en la tierra, y Dios os agradecerá que salgais del mio para entrar en el suyo.

—Para llegar al paraíso, no se puede pasar por la tierra, que todo lo infecta y lo corrompe.

—Vos sois demasiado virtuosa, para corromperos, y si la pureza es vuestro emblema, Dios verá con sumo placer que habeis pasado por la tierra sin contaminaros en ella.

—No os canséis, marqués; la misión que voy á cumplir está léjos de este mundo.

—Es imposible que una mujer tan hermosa como vos se entierre en vida; las flores son para los jardines; las almas, para las almas; yo necesito ese amor puro y santo, y tan puro y santo como venga á mi corazón, irá á Dios cuando os llame á su lado.

—Os agradezco vuestras galanterías, y siento no poder oírlas.

—Hija, dijo su madre, si insistes en esa ceguedad, tu padre y yo recurriremos á otros medios, porque no toleraremos ni la desobediencia ni la falta de respeto. Nuestro cariño quiere lo mejor para tí, por eso hemos tratado este casamiento en que el uno sois digno del otro.

Doña Ana tornó su palidez en rosa, tembló de pies á cabeza, y se echó á llorar.

—Señora, ese llanto es hermoso como vuestra alma; ojalá supiera llorar para unir mis lágrimas á las vuestras.

—Si llorais alguna vez, recordad el daño que

me habeis hecho; las lágrimas de mi dolor no las deseéis en vuestra vida.

—Tú padre espera tu contestacion para decidir su venida.

—Decidle que no venga.

—No es posible volverse atrás; dentro de pocos dias saldrás del convento, y ya verás cómo olvidas esta vida que tanto te seduce.

—Y si quereis rezar, en mi casa teneis un templo; allí vivireis tambien con Dios, y le pedireis por los dos.

—Yo le pediré siempre por vos, pero será cuando no os acordeis de mí.

—Eso es imposible.

—¡Imposible! ¡Imposible! repitió la marquesa saliendo con el marqués, y añadiendo: preparate para abandonar esta casa.

X.

Apénas salió la marquesa, la jóven entró en su celda sin poder tenerse, hasta que cayó desmayada en brazos de su querida compañera.

En medio del desmayo, un temblor convulsivo se apoderó de su cuerpo, y su pecho latía como si quisiera estallar.

Los cuidados de la Cortés, que la roció el rostro con agua fria, la volvieron en sí, pero cómo!

Parecía una rosa ajada por el huracán.

Su frente era una azucena marchita; sus ojos dos soles nublados; su boca un panal sin miel.

La noticia de su casamiento la causó una pena de muerte, y el mismo día que ella cayó al suelo sin aliento y como herida por un rayo, su padre caía en Orán con una enfermedad terrible que algunos atribuyeron á castigo de la Providencia.

Quando estuvo enteramente repuesta, pidió á su compañera papel y tintero.

—¿A quién vas á escribir?

—A mi confesor, para que haga lo que tenemos convenido.

—¿Pero sabe él lo que pasa?

—Todo: y sus consejos son los que voy á seguir.

Doña Ana estuvo escribiendo más de una hora, y luego mandó aquellas cartas al confesor con la mayor reserva.

No le quedaba otro recurso.

Visto que todo eran contrariedades y obstáculos para su profesion, y comprendiendo el objeto de aquellas dilatorias, se dirigió por carta á Su Santidad, haciéndole presente su irrevocable vocacion, su fé inquebrantable y el peligro de su vida, si se malograban sus descos, y pidiéndole á la vez, secretamente, un Breve

para poder profesar en cualquier convento de España.

Lo extraño es, decían algunos, que renunciara al mundo una niña de una posicion tan envidiable, de un porvenir tan lisonjero, y la que, además, como dice un biógrafo, era tan hermosa como santa (1).

Ello es que la niña perdió la calma, el sueño, el reposo, y su corazón afligido reflejaba las angustias que sufría, pintadas en la palidez de su rostro y en la tristeza de sus ojos.

El tiempo era perentorio, y era preciso ver si vencía el velo de desposada, ó el cendal de las virgenes del Señor.

PARTE TERCERA.

EL ÚLTIMO BESO.

I.

Antes de proseguir el relato de los últimos días de la ilustre niña, objeto de estos apuntes, queremos manifestar algunos de los rasgos que contribuyeron á estender la fama de sus virtudes y á conquistarle la aureola de santa con que

(1) Gutierrez de Espejo.

le adornaron sus admiradores y se refleja en los hechos meritorios de su vida.

Nada caracteriza aquella sublime abnegación y aquella generosa alma, digna de toda clase de consideraciones, tanto, como la nobleza de sus sentimientos y la esplendidez de sus bondades. Pudiéramos citar muchos de aquellos rasgos preciosos que consignan las historias y son, como si dijéramos, el blason de su caridad y la excelencia de su levantado espíritu; pero no queremos dar demasiada extensión á estas sencillas narraciones, y sólo nos concretaremos á patentizar alguno de ellos.

Como ejemplo de su piedad, citaremos varios hechos llevados á cabo en el locutorio donde la visitaban muchos necesitados en busca de aquella munificencia, á pesar de que ella no apreciaba los intereses mundanos, por lo que se veía desposeída de ellos. Una vez se acercó una pobre viuda á pedirle, y no teniendo qué darle más que unos reales, que le pareció pequeña dádiva, le puso en la mano la basquiña que llevaba debajo del hábito y las sábanas de su cama.

Otro día se acercó otra infeliz sin amparo, con tres ó cuatro niños, y rebuscando en su cofre, encontró unas monedas envueltas en un papel, que le entregó sin hacer aprecio, diciéndola:

—Tomad; no tengo otra cosa que daros.

Aquel papel encerraba el pequeño dote que había llevado al convento.

Vino la fiesta del *Corpus*, y los pobres acudieron al convento en busca de la caridad de aquellas santas madres, y no teniendo ella que dar otra cosa, viendo que eran muchos los que le pedían, les dijo:

—Ahí teneis mi rosario, repartiros todas sus medallas, que son de plata y oro.

Un día estaban oyendo misa desde el coro, y observó que las vinajeras que servían en el Santo Sacrificio eran de plectre, lo cual la entristeció mucho, pero no pudiendo remediar la falta, empezó á discurrir cómo podría hacerlas de plata. Pronto concibió la idea para llevar á cabo su objeto, pero pareciéndole su idea poco santa, mandó llamar á su confesor, el padre fray Juan Bautista.

El anciano no tardó en presentarse.

—Padre mio, le dijo, quiero hacer unas vinajeras para el altar, pero no tengo dinero.

—Yo tengo sólo unos maravedises, contad con ellos.

—No es eso, padre.

—Si yo tuviera, las haria; pero esto apenas dá para comer, y á los setenta años no puedo ganar en otra cosa.

—Escuchadme, padre: ¿Puedo quedarme con un plato de plata de esos en que me traen la comida?

—Pedidlo á vuestra madre la marquesa.

—Hoy me lo niega todo, porque desca que me case y me vaya del convento.

—Vos sois la heredera de vuestra casa; todo lo que hay en ella es vuestro, porque no teneis que compartirlo con nadie; así es, que si tomáis un plato, tomáis una cosa vuestra.

—¿Y no cometeré un pecado?

—No, hija mía, y más cuando es para Dios.

—Basta, padre mio; sois un santo.

Desde que estaba tan enferma, le llevaban la comida desde su casa, en razon á que el convento estaba situado, y aún lo está, frenteal castillo que habitaban; la comida se la llevaban en servidumbre de plata, y ella concibió la idea de quedarse con un plato para hacer las vinajeras, lo cual llevó á cabo aconsejada por el confesor, como hemos visto, pero con tan buena suerte, que jamás echaron de ménos el plato en su casa, logrando de esta manera su objeto.

Hubo muchos días que no tomó más alimento que pan y agua, porque la comida la repartía entre los pobres que acudían á aquella hora á la portería del convento, confiados en su generosidad y buen corazón.

De estos rasgos de su caridad está llena su vida, pero bastan los citados para comprender los quilates de aquella alma superior, que así se engrandecía en medio de sus sufrimientos.

II.

En medio de tantos contratiempos, su salud empeoraba, y crecían sus amarguras contemplando que la realizacion de sus deseos se dilataba, y que sus esperanzas se alejaban cada vez más, sobre todo cuando supo que la resolucion de sus padres era irrevocable, y que su boda estaba decidida á todo trance.

En medio de aquella soledad y aquella desventura, no la quedaba más consuelo que su Francisca Cortes, que no vivía sin ella, y que era su única estrella de salvacion en aquel mar de desdichas.

—Si yo me caso, ella se muere, se decía: no; yo no me puedo casar, por Dios y por ella.

Pero su salud decaía por momentos, su espíritu enflaquecía y su alma se evaporaba.

Una mañana, temprano, se apareció su madre en el convento.

Iba más alegre que de costumbre.

Cuando doña Ana la vió, sintió helarse su